

ANTONIO SKARMETA

Entusiasmos nerudianos

Novela narra las ficticias peripecias amorosas y poéticas del cartero de Neruda.

"Ardiente paciencia", por Antonio Skármeta. Pehuén Editores. Santiago, 1986. 125 pp.

A veces los poetas superlativos comienzan a confundirse con su propia leyenda. Algo de esto ha ocurrido con Neruda. Los contornos del poeta, el personaje y la persona, se hacen difusos al verse envueltos por esta transfiguración mítica, a la que contribuye el libro *Ardiente paciencia* cuando propone "un Neruda posible en el mundo de la literatura".

Antonio Skármeta (1940), antofagastino radicado en Berlín, comienza reconociendo que en Neruda viven muchos nerudas concretos y simbólicos, y el que su novela aporta es uno más, que no pretende competir sino ocupar un lugar entre los otros.

La historia se hilvana a través de Mario Jiménez, un pescador que "perdió la gracia del mar", como diría Mishima. De hábitos decididamente continentales, Jiménez les hace el quite a las salidas al mar de madrugada, se resfría con la mayor frecuencia posible y pasea su ocio en bicicleta por el litoral central. Un día de éstos tiene la suerte de encontrar un oficio que concilia bien con sus aficiones: el de cartero de Isla Negra. En esa caleta —hoy balneario— el único destinatario alfabeto y apto para recibir correspondencia es Neruda. El trabajo de Jiménez se transforma así en una suerte de servicio personal, y el hombre se las ingenia para sacar provecho de esa situación, haciendo de Neruda su confidente, cómplice, casamentero y padrino de poesías y de bodas.

Los personajes de Mario Jiménez, su amada Beatriz y su suegra doña Rosa, tienen una especie de encanto *naif*; parecen sacados de uno de esos paños elaborados por las bordadoras de Isla Negra. Lo mismo ocurre con los pescadores y tu-

ristas que se asoman de vez en cuando al relato.

Pero los verdaderos protagonistas de esta *Ardiente paciencia* (también llevada al cine y al teatro) son la palabra y el mundo poético de Neruda. Resulta interesante este experimento en que la poesía nerudiana satura por diversas vías la narración y se contrasta con otras realidades literarias.

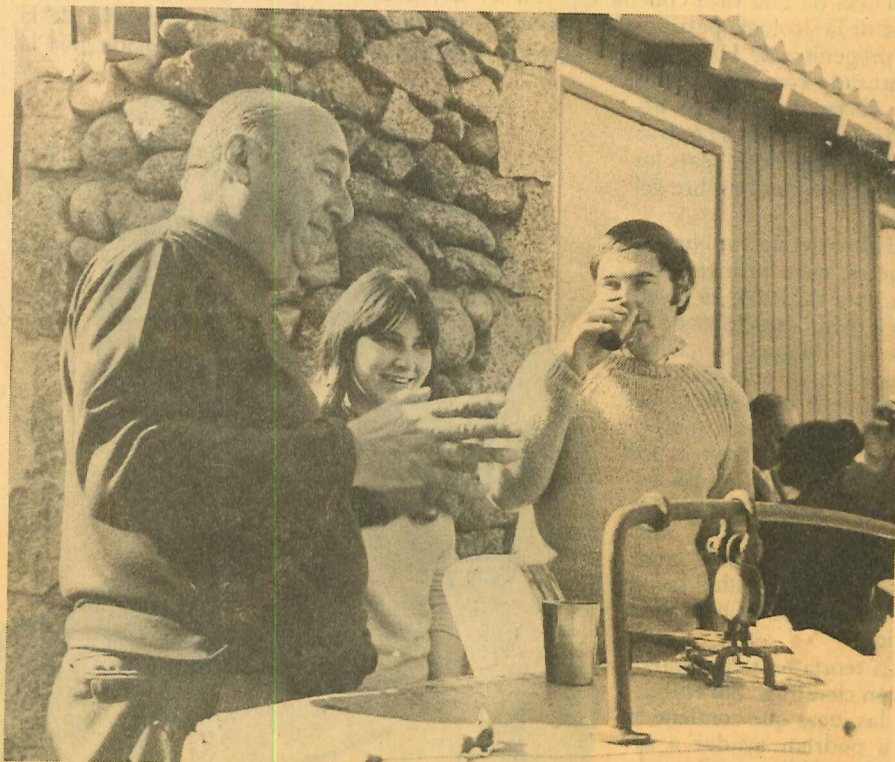
Los personajes, aunque convincentes y autónomos, parecen de alguna forma hijos del verso, seres marcados o más bien tocados por la palabra del vate. Ellos juegan y ensayan metáforas como aprendices de brujos tentando el poder de una varita mágica. Mario Jiménez enamora a Beatriz recitándole estrofas dispersas, cogidas por aquí y allá en las obras completas de Neruda. Doña Rosa toma toda clase de precauciones, alarmada por el poder de seducción de esos poemas. Así, todos habitan territorios fundados por Neruda. Hay escenas como la fiesta con que se celebra el Premio Nobel, que parecen un sueño nerudiano: to-

do el pueblo vive la euforia y practica entusiasmos vitales semejantes a los que propagó Skármeta en sus primeros cuentos, allá por la década del sesenta.

La narrativa contemporánea ha tenido toda clase de tratos, coqueteos y riñas con la realidad. Las relaciones entre ambas han terminado por hacerse bastante ambiguas. Hay autores que investigan los hechos para mentir con conocimiento de causa acerca de ellos; otros intentan reproducir la realidad con todos sus pelos y señales, con sus matices casi infinitos; otros colocan personajes reales en situaciones ficticias y viceversa.

En esta obra, Skármeta juega con esas ambiguas relaciones, las estira y enreda. Propone un Neruda ficticio pero sujeto a muchas de las circunstancias del Neruda histórico. Construye esta ficción con una realidad consistente: la poesía del vate que es un hecho, una presencia, un dato casi documental que le da a este relato su regia textura de irrealidad y verdad.

D.O. ■



Isla Negra, 1969: Neruda y Skármeta (con Silvia Selowsky).

fuerte que la muerte... Lo amó con cariño fraternal y compasivo al verlo sudar sangre en ese desierto, quizá soñando, sin esperanzas, en adquirir un pedazo de suelo de los fértiles campos de Chile."

Senén recuerda a Nicolás como un profeta bíblico, eruido sobre una barranca que dominaba el mar a ochocientos metros de altura, con la faz iluminada por el sol poniente, meditando en el porvenir de su raza.

Le resultaba doloroso verla acosada. Los diarios de la época propiciaban una campaña para promover la inmigración

européa como una forma de colonizar el sur, y no vacilaban en motejar al roto de "inmundo y degenerado", afirmando la conveniencia de reemplazarlo por colonos europeos.

Entretanto, Palacios seguía predicando desde el desierto. Inflexible en la defensa de los intereses de Chile, se lanzó contra las mismas compañías inglesas que eran sus empleadoras. En 1908 hizo ver que el monopolio salitrero, al imponer altos precios, estaba favoreciendo el surgimiento de productos sintéticos de reemplazo y abogó por la nacionalización de todas las oficinas sa-

litreras.

Pronto quedó sin empleo y fue calificado de loco, fanático y demente. En sus últimos años se paseaba solitario por Santiago, como un Quijote sin Sancho, aunque en verdad tenía como escuderos a todos los rotos de la nación.

La reedición de esta *Raza chilena*, obra máxima del doctor Palacios, es plausible, puesto que viene a rescatar del olvido el ideario de uno de los hombres más entusiastas y honestos que ha tenido este país.

Dario Osés ■